

Jean Legrand

DOBLE FUGA DE AMOR Y MUERTE

TRADUCCIÓN DE MANUEL ARRANZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2016
TÍTULO ORIGINAL: *Double fugue d'amour et de mort*

© Jean Legrand & La Nerthe, 2013
© de la traducción, Manuel Arranz, 2016
© de esta edición, Editorial Periférica, 2016
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-24-3
DEPÓSITO LEGAL: CC-332-2015
IMPRESIÓN: KADMOS
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

NOTA DE LOS EDITORES

Todos los lectores debemos, sin duda, el redescubrimiento de Jean Legrand a la tarea del escritor y editor Philippe Blanchon, quien, durante los últimos años, se ha ocupado de rescatar parte de su obra con una atención exquisita, ofreciéndonos, además, algunos inéditos tan relevantes como esta *Doble fuga de amor y muerte*, publicada en 2013 por La Nerthe. «¿Cómo animar al lector a descubrir a un autor? O, en el caso que nos ocupa, ¿cómo animarlo a redescubrir a un autor?», se preguntaba Blanchon en el prólogo a dicha edición.

Legrand nació en 1910 en Montpellier y en 1929 llegó a París. Amaba el Surrealismo (aunque nunca fue surrealista) y el jazz, a Nietzsche y a Proust. Estudió junto a un impresor en Nantes, para luego convertirse en impresor él mismo; fue editor y creador de un minúsculo movimiento literario: el Sen-

sorialismo, que, para muchos, llegó a anticipar algunas de las propuestas situacionistas de nombres como Raoul Vaneigem... Amigo de Claude Cahun y de René Crevel, publicó textos de Georges Bataille y Benjamin Péret y trató de cerca a Henri Michaux, a Jean Paulhan y a Raymond Queneau. En la segunda mitad de los años cuarenta se dio a conocer como escritor con una trilogía publicada en parte (gracias, precisamente, a Paulhan y Queneau) por la prestigiosa editorial Gallimard: *Journal de Jacques*, *Jacques ou L'homme possible* y *Aurette y Jacques*, pero al poco dejaron de ser editados sus escritos. En los años cincuenta se retiró a la región donde había nacido, a Le Mas Clapier, en las inmediaciones de Montpellier, un lugar que hace pensar en los paisajes donde viven su amor Ange y Nin, los protagonistas de *Doble fuga de amor y muerte*. Murió en París en 1982, convertido en un escritor tan secreto como mítico, que había pasado toda su madurez trabajando ya como representante, como un viajante más.

En *Doble fuga de amor y muerte* se nos narra veladamente una historia: con el telón de fondo de una guerra apenas evocada, un hombre y una mujer, dos jóvenes, se conocen una mañana en la ciudad ocupada o militarizada. Los amantes se insta-

lan lejos de esa ciudad, en el campo, donde todo recuerda al paraíso perdido. Su amor, hecho tanto de exceso como de angustia, de contemplación como de éxtasis, es el contrapunto a la tragedia histórica y la única fuerza subversiva en medio de la violencia militar. Los dos cuerpos son conscientes de su vulnerabilidad, pero también de su poder (otro tipo de violencia) tanto redentor como creador.

Inédita hasta ser recuperada en Francia hace tres años, como ya hemos señalado, esta *nouvelle* de Legrand cuenta en nuestra edición con un anexo de gran interés: un pequeño artículo publicado en 1942 (y titulado «Nacimiento del amor») que arroja una luz muy especial sobre el texto principal: sensualidad y asombro.

A pesar de su brevedad, este volumen está lleno, sin embargo, de exigencia y de placer para el lector. Creemos que son doblemente esenciales estas páginas, testamento de un autor mítico que aún estaba por descubrir en nuestra lengua.

DOBLE FUGA DE AMOR Y MUERTE

La rosa a la luz de la lámpara es mate. Sus pétalos descubren sus nervaduras. Se diría que está empolvada. ¿Por qué esta belleza diferente nos parece tan singular que debemos esperar al día para disfrutar con la costumbre de las flores, de los colores, de la aventura de las cosas?

¿El leve rayo de una lámpara acaso no parece limitar el misterio –más bien la realidad– que la luz del día prolonga hasta el infinito, más allá de cualquier cosa? Sin embargo, esas parcelas de claridad artificial son tan bellas que cualquier objeto, una rosa, un vaso, un pétalo caído, una hoja blanca, las patas de madera reluciente de la lámpara, el nudoso tablero de la mesa, basta para poner en escena el espectáculo completo del universo, como lo hacen sin ayuda, en su fantasmal baile, las llamas que danzan sobre los troncos entre los morillos de la

chimenea rural, que los años han tapizado completamente de una pelusa mate mientras que el dorado ballet extinguía el rojo en torno al hogar de blancas cenizas.

Se diría que el misterio ha penetrado en las cosas. El cielo ha abandonado sus crueles profundidades y está sangrando. Fuera, la noche profunda ha curado sus heridas. Ha venido para quedarse junto a nosotros. Le hemos hecho sitio. Vuelve a teñirlo todo con innumerables colores. Todo está ahí. Sobre la austeridad, la indolencia ha aportado el lujo de su lento poder. Jamás la rosa había sido tan indiscreta.

Era una rosa de una belleza deslumbrante. Noviembre no se decidía a separarla de su tallo. Todo hacía pensar que seguiría entera. Junto al rosal que nos regalaba sus rosas desde hacía dos meses, y prometía tenerlas hasta en enero, ésta se hallaba sola en el rosal enano que crece orgullosamente en medio de ese círculo rodeado de una hermosa hierba. La rosa redondeaba lentamente su corola cerrada encima de un cáliz doblado ya sobre el tallo verde con espolones rojos.

Durante diez días nos alegró así la vista, sin eclosionar, abombando su seno, del mismo color té que los pezones en los pechos de Ange.